

Paco Gómez: *Los Modlin: una historia increíble rescatada de la basura*. Madrid, Fracaso Books (5ª ed.), 2018, 285 pp.

En una noche de la primavera de 2003, una llamada de teléfono cómplice e imperiosa urgió al fotógrafo Paco Gómez para que acudiera a cierto punto de la madrileña calle del Pez, en el que unas cuantas personas andaban hurgando y disputándose un extravagante botín. Lo que allí encontró el improvisado explorador, cuando llegó a la carrera, fueron “ropa, paquetes caducados de comida, libros y cartas en inglés, revistas manoseadas y manchadas de pintura, y cantidades ingentes de fotografías [que] se acumulaban esparcidas por toda la acera. Varias personas revolvió entre la montonera. Me convertí en uno de aquellos buitres sin ningún pudor y metí todo lo que iba encontrando en una vieja caja de fruta”.

Desde el fondo de aquellas fotografías de desecho apelaban al rescatador los rostros y los visajes que hacían tres seres que eran en aquel momento unos perfectos desconocidos para él, pero a los que una investigación laberíntica iría poco a poco revelando como una extraña familia, con tres miembros: la madre Margaret (1927-1998, pintora de complejas alegorías, muchas de ellas mesiánicas y apocalípticas); el padre Elmer (1925-2003, actor de quinta fila en películas de Polanski o de Garci, o en un episodio de la serie televisiva *Curro Jiménez*, además de escritor incomprendido); y el hijo Nelson Modlin (1952-2002, modelo, actor, locutor, empresario de mediano éxito en el sector del cine y del doblaje de películas).

Los fantasmas desahuciados de los tres, en las poses y con las indumentarias más estrafalarias que quepa imaginar, con instantáneas y cuadros en los que aparecían desnudos, semidesnudos, vestidos de modo inverosímil o haciendo gestos histriónicos, hacían desde aquellas fotografías guiños no solo a Paco Gómez, sino también al mundo y a la eternidad. Como si estuviesen pidiendo que alguien, fuese quien fuese, hiciese el esfuerzo de comprenderlos y de no dejarles caer del todo en el olvido.

Aquel fue el arranque de una aventura extraordinaria, a caballo entre lo intelectual y lo emocional, lo artístico y lo etnográfico, lo personal y la búsqueda de las complicidades de muchos, que ha quedado reflejada no solo en este libro de Paco Gómez. También en unas pocas exposiciones de las obras de Margaret Modlin. Aparte de la del Círculo de Bellas Artes madrileño en 1978, que hizo en vida, fue muy relevante la póstuma que puso a la venta toda su obra en la Galería Malvin Gallery en 2016. De aquel hallazgo en la basura saldrían además varios documentales, como el dirigido por Sergio Oksman, *Una historia para los Modlin (A Story for the Modlins)*, que ganó en 2013 el premio Goya al mejor cortometraje

documental. O como el excelente reportaje de televisión *Los Modlin* (2019), cuyo hilo conductor es una entrevista a Paco Gómez; fue dirigido por Jesús Alonso para el programa *La aventura del saber* de RTVE y puede verse (y es experiencia obligatoria para poder adentrarse en el extraño universo de la familia y en el laberinto de su recuperación) en abierto.

El matrimonio Modlin se pasó la vida, según pudo ir desenredando Paco Gómez, obsesionado por alcanzar una fama universal de artistas y místicos geniales que se empeñó en serles, mientras vivieron, esquiva. Qué paradoja que su sueño pudiera solo cumplirse gracias a aquella estación póstuma e imprevista de la montaña de fotografías arrojadas, como si fueran basura, a la calle. El hijo Nelson, de carácter mucho más racional y sensato, hizo lo posible por distanciarse de los delirios narcisistas de sus padres y, aunque mantuvo el cariño y los cuidados filiales para con ellos, en cuanto pudo cambió el barrio madrileño de Malasaña por el de Huertas. Lo alternó con las escapadas a una modesta casita campestre en Brihuega, Guadalajara. Aunque aquel refugio no pudo disfrutarlo por largo tiempo, porque empezó a hacérselo muy al final de sus días, cuando no quedaba mucho para que un infarto lo fulminara, a la edad de cuarenta y nueve años.

Gracias a la prisa que se dio en llegar al montón de desperdicios arrojados a la calle del Pez, y a otra serie de azares y de premeditaciones que siguieron jalonando el camino de Paco Gómez (como el hallazgo de diarios, cartas, relatos y poemas en un armario de la casa madrileña del matrimonio o en lugares tan inopinados como una peluquería de Valverde de la Vera, Cáceres, o la localización en la casa de Brihuega de una cinta de video de contenido esclarecedor), el recuerdo de los Modlin, lejos de terminar de disiparse, entró en la senda no ya de la perduración, sino incluso de la mitificación.

La historia del paso de aquella extraña familia por este mundo continúa, de hecho, ejerciendo una especie de fatal efecto de fascinación sobre muchos de los lectores y espectadores que alcanzan a entrar en contacto con ella. Cada vez son más, por poner un solo ejemplo de las pasiones póstumas que están despertando, los *fans* que, blandiendo el libro de Paco Gómez, se acercan al portón de la desvencijada casa de la calle del Pez, 3, o a lo que queda del cercano bar El Palentino (que ha sido cerrado muy recientemente), en los que han quedado jirones de los recuerdos y de los recordadores de la familia. Hasta allí peregrinan, con el afán de prestarse ellos mismos al efecto de contagio y de lograr la impregnación de la existencia de los Modlin en las existencias suyas. Por cierto, que en los bajos de la fachada de la casa puede contemplarse hoy una hermosa y curiosa obra de arte urbano, formada por docenas y docenas de zapatos y de botas rellenas de tierra que sirven como macetas de flores.

No hay duda de que tanto como los cientos de fotografías de los Modlin seleccionadas (y minuciosamente inventariadas en las páginas finales de este libro), a la fama póstuma de la familia norteamericana ha contribuido la crónica con ingredientes de casi mágico providencialismo que ha elaborado Paco Gómez para dar cuenta, desde una primera persona que los críticos llamarían "autoficcional", y desde un estilo literario carnoso y cuidado, de los vericuetos por

los que se fue adentrando la detectivesca investigación. La prosa del fotógrafo-escritor fluye con una libertad en la estructura del discurso y una expresividad que van mucho más allá de lo acostumbrado.

De lo acostumbrado, se entiende, en la bibliografía etnográfica más al uso. Porque, aunque este volumen de *Los Modlin: una historia increíble rescatada de la basura* puede ser legítimamente considerado como un libro de arte, o como un tratado de historia, o como un reportaje acerca de la recuperación del patrimonio artístico, o como una concatenación de relatos iniciáticos (los de cada uno de los Modlin por un lado y el de Paco Gómez por el otro), y hasta como una cruda tragicomedia (la lista de géneros potenciales no se acabaría aquí), me parece reconocer que, en lo más esencial, está impulsada por el ánimo de trazar sendas descripciones (y por tanto sendas etnografías) de las existencias de unos seres humanos y de las huellas que, antes y después de su muerte, dejaron en otros seres humanos.

El método que ha seguido Paco Gómez, basado en las entrevistas orales y en la recogida de testimonios entre los vecinos y amigos que conocieron más o menos a los Modlin, y en la peregrinación (a veces con su amigo Jonás Bel, con el que compartió algunas fases de este proyecto), en busca de cualquier resto e indicio, a los lugares en los que los norteamericanos vivieron o por los que transitaron en algún momento (el centro de Madrid, la Vera cacereña, Brihuega, Ávila, Florencia, París), se ajusta, por lo demás, a la metodología típica de la disciplina etnográfica. Impresionantes, por su afán de introducir una hermenéutica de tipo racional en los intersticios de unas vidas que estuvieron guiadas, en buena medida, por lo irracional, son la entrevista a Jaime Lipton, quien fuera amigo de Nelson Modlin desde que ambos tenían diecisiete años, o el sereno testimonio de Susana Jarabo, que fue la segunda esposa de Nelson.

Muy poco tiene el discurso de Paco Gómez que ver, y eso se aprecia desde la primera frase del libro, con la frialdad académica de la etnografía funcionalista, que hace todo lo posible por separar los planos de quienes se hallan a un lado y al otro de la lente de *etnografiar*, y que busca ser objetiva a cualquier precio. Lo que nos encontramos aquí es justo lo contrario: una etnografía emocional, apasionadamente subjetiva, construida desde el yo sin ataduras ni complejos del etnógrafo-narrador (a veces casi poeta), olímpicamente indiferente a lo estereotipadamente académico. Es notable que la redondez con la que consume Paco Gómez tales actos de libertad o de rebeldía acabe llevando a la paradoja de que este libro que busca no caer en lo políticamente (o en lo académicamente) correcto, reúna méritos sobrados para poder y deber figurar entre las propuestas más sólidas y refinadas (aparte, por descontado, de más originales y renovadoras) de la etnografía española de hoy.

Ese reconocimiento se justifica porque, primero, *Los Modlin* es el fruto de una investigación de campo laboriosa y honesta, edificada de abajo a arriba, obsesivamente atenta al seguimiento de todas las pistas y a la identificación y solución de (muchos de) los innumerables problemas y cabos sueltos que fueron surgiendo a cada paso que daba el autor-narrador. Segundo porque su estilo discursivo no es el de la jerga aséptica ni el esquema de exposición, nudo (con

epígrafes) y conclusiones que es el más habitual en las monografías científicas. Hay más bien, en estas páginas, una progresión en espiral, que a veces es avance por frentes varios, o articulación a modo de *collage*, con retornos, remansos, excursos. Todo ello recuerda por un lado (y no es exageración) el fascinante experimento fotográfico-etnográfico-ficcional *Estambul: ciudad y recuerdos* (2005) que es para muchos la obra maestra de Orhan Pamuk; por otro se parece a los sofisticados rompecabezas, que tienen una pata en lo ensayístico, otra en la arqueología del recuerdo y otras en la lírica y el drama, de Pascal Quignard.

Y tercero: acaso porque se trata de una etnografía irreprochablemente anti-convencional, esta memoria de *Los Modlin* ha sabido no solo apelar al intelecto sino también al corazón de un público cultivado, curioso, informado, pero al que no suele interesar la etnografía hecha para el gremio (o para la secta) de los eruditos. Las cinco ediciones (la primera de 2013, la última de 2018) que han visto la luz hasta ahora, y que es de suponer que no se detendrán en esa cota, marcan un listón e indican una aceptación que no creo que haya sido superado por ningún título de la etnografía española más académica.

Merece la pena subrayar, justo aquí, que para poder avanzar con las manos absolutamente libres en todas las fases de su proyecto, Paco Gómez ha autoeditado su libro, ayudado, sobre todo en la fase de arranque, por una estrategia de *crowdfunding* o micromecenazgo que tuvo una acogida entusiasta. Qué distinto todo, en la concepción, en la forma, en las empatías movilizadas, de los formatos tan encorsetados (lastrada por la preparación y edición condicionadas de los originales, los dictámenes por pares ciegos, la transferencia a las élites, el servilismo a la contabilidad de quinquenios y sexenios) de la bibliografía científica común.

Repasar las fotos y leer las páginas de *Los Modlin* es una experiencia que no deja un momento de respiro ni al lector curioso ni al investigador especializado. Da igual que sea etnógrafo, o historiador, o sociólogo, o filólogo, o especialista en arte o en recuperación del patrimonio, o psicólogo, o hasta psiquiatra.

Si resulta perturbador ver la foto de Margaret pintando el retrato de Henry Miller, con el pintor posando en Los Ángeles en 1968, antes del viaje de los Modlin a España, y descubrir que la pintora representó al escritor alguna vez con alas y alguna vez sin alas, y que Miller redactaría un texto para el catálogo de la exposición de Margaret en el Círculo de Bellas Artes, no menos inquietante es ver a Elmer, el marido, ataviado con el velo y con la falda (tan semejantes a los de una novia) de penitente *empalao* de Valverde de la Vera, un pueblo cacereño en el que el matrimonio pasó algunos días muy inspiradores y en el que asistió a la fiesta principal, en la Semana Santa de 1979; o posando ante su esposa mientras ella moldea una efigie de ambos que los dos aspiraban a que fuese la custodia de sus cenizas para toda la eternidad. No menos desasosegantes son, en fin, los estudios fotográficos del joven Nelson caracterizado como el ángel del tiempo para el desmesurado tríptico *Elmer Modlin, tú que contemplas los siete sellos del Apocalipsis según san Juan*, o asomarse a la pintura que lo caracteriza como un adolescente desnudo que sostiene una flauta con una mano.

Aunque puede que las páginas más impactantes del libro sean aquellas que muestran a familiares y amigos de Paco Gómez posando a modo de dobles de los Modlin, con gestos, indumentarias y desde perspectivas análogos, en los lugares por los que los norteamericanos habían pasado años antes: desde las estancias abandonadas de la casa de la calle del Pez hasta un recodo que costó mucho esfuerzo localizar sobre un puente Florencia.

Todo resulta asombroso y contradictorio, en fin, en la reconstrucción del universo de los Modlin: el que Margaret pintase sus ángeles y sus demonios familiares fuera del alcance de la luz del sol y sin salir apenas de su casa, y el que el matrimonio viviese obsesionado por ganar la fama eterna, encapsulado entre las paredes de la casa de la calle del Pez, 3, mientras que muy cerca de allí, a escasos metros, corrían desatados, como si no fuese para nada con ellos, la resistencia contra el franquismo, la transición, la ruidosa *movida* madrileña. El que el hijo idolatrado por los padres hasta el extremo de que cambiaron un continente por otro para estar a su lado, pusiese, en cuanto tuvo oportunidad, una distancia prudencial (un kilómetro y medio es la que más o menos separa la casa en la que vivieron y murieron los padres en la calle del Pez, de la plaza de Matute en la que vivió y murió el hijo) entre unos y otros. O el que las cenizas de los tres acabasen arrojadas al lago de la Casa de Campo (que hoy, mientras escribo esta reseña, está vacío por razones de limpieza y reforma del entorno), y que los escasos participantes en aquella ceremonia fúnebre tuvieran que salir casi corriendo antes de tiempo, porque algunas personas se pusieron a increparles por arrojar basura en el lago. Alegorías todas, tan paradójicas como lo fueron los cuadros radiantes y al mismo tiempo sobrecogedores de Margaret, del amor y la soledad, de la pasión y el desamparo.

La basura parece estar, en fin, en el alfa y el omega de todo este relato. Permítaseme el excursus de recordar aquí que en el fascinante Museo del Estanquillo de la Ciudad de México son custodiadas las cenizas de su fundador, el polifacético intelectual Carlos Monsiváis, muerto en 2010, encerradas dentro de una urna-escultura con forma de gato, que era el animal totémico del escritor. La fama enorme y la omnipresencia mediática, en la vida y también en la muerte, de Monsiváis, que fueron coronadas con la entronización de sus restos en una efigie que representa a su doble gatomorfo y con la promesa de su conservación para siempre en un museo enorme, populoso y hecho a su medida, son, de algún modo, el polo opuesto del destino tragicómico que se cebó con los Modlin (quienes murieron ninguneados por la fama que soñaron) y con sus cenizas y fotografías mezcladas con la basura.

Desde el decimonónico escritor Washington Irving y la fotógrafa Ruth M. Anderson que en la década de 1920 recorrió España becada por la Hispanic Society of America hasta el antropólogo William Christian, que sigue *etnografiando* hoy la entraña más reservada de España, no han sido pocos los etnógrafos y los antropólogos ilustres, procedentes de los Estados Unidos (aunque no todos nacidos en aquel país), que cruzaron el mar para embarcarse en la aventura de venir a recuperar e interpretar nuestras culturas: los nombres de Aurelio M. Espinosa (padre e hijo), George M. Foster, Alan Lomax, Joseph Buenaventura Aceves,

Samuel Armistead, Stanley Brandes, Michael Kenny, Susan Tax Freeman, Ruth Behar, William Kavanagh o James Amelang sobresalen dentro de ese privilegiado elenco.

Los Modlin, quienes se empeñaron en llevar la contraria hasta a esa ya más que centenaria tradición de expedicionarios estadounidenses atraídos por el desafío de la comprensión del *otro* español, llegaron hasta esta lejana orilla para acabar justamente en lo contrario: en ser ellos mismos, aunque eso nunca lo supieron, los *etnografiados*.

¿Llegaron los Modlin a conocer y a comprender al *otro* español? Eso es francamente dudoso en lo que atañe a Margaret y Elmer, los padres, que vivieron durante décadas encerrados en el arca de Noé de la casa apocalíptica de la calle del Pez. No en lo que atañe a Nelson, el hijo, que acabó, según todas las señales, *siendo* español, y que murió prematuramente mientras se preparaba su arca de Noé propia en una finca bucólica, bañada por el río Tajuña, en la apacible Brihuega. En el corazón de su país de adopción.

Se estrecha así, en este libro que pone a dialogar en su centro a los fantasmas de los tres Modlin con un fotógrafo que se tropezó con ellos en la basura, el círculo fracturado y contradictorio de una apasionante y modélica anti-etnografía.

JOSÉ MANUEL PEDROSA  
Universidad de Alcalá  
josem.pedrosa@uah.es